

LA

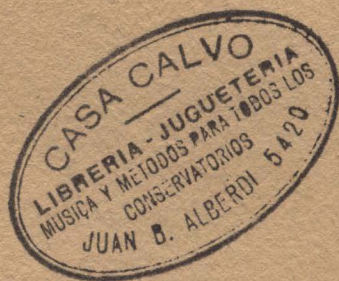
OBLIGACION



EDITORIAL
TOR



00163307



Novita



Adaptación del cuento de
ANTONIO DE TRUEBA

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA
HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- | | |
|--|--------------------------------------|
| 1.- Pinocho en el teatro de títeres | 45.- La bella Dorotea |
| 2.- Blancanieves y los 7 enanitos | 47.- Las salamandras azules |
| 3.- Los príncipes encantados | 48.- Los sueños maravillosos |
| 4.- La bella durmiente del bosque | 49.- Las tres hermanas |
| 5.- Juanfuerte | 50.- Fábulas de Iriarte |
| 6.- Piel de asno | 51.- El niño raptado |
| 7.- La princesa y el erizo | 52.- Barba Azul |
| 8.- Ali Babá y los 40 ladrones | 53.- Tanino el hormiguero |
| 9.- La inocente mensajera | 54.- Gulliver en el país de gigantes |
| 10.- Pinocho en campo de milagros | 55.- El tejedor de Segovia |
| 11.- El pájaro verde | 56.- El príncipe Cododac |
| 12.- Pulgarcito | 57.- La amiguita de los pájaros |
| 13.- Los maestros cantores | 58.- La señorita Scuderi |
| 14.- El rey del río de Oro | 59.- Fábulas de Esopo |
| 15.- Caperucita Roja | 60.- Constanza |
| 16.- Las tres princesas | 61.- Nicolás y Nicolasa |
| 17.- El triunfo del zorro | 62.- Los rosales de la reina |
| 18.- Pinocho en la isla de las abejas | 63.- El enfermero del Chacho |
| 19.- La princesa pícara | 64.- Grisélida |
| 20.- Simbad el marino | 65.- Alicia en el país de maravillas |
| 21.- Canción de Navidad | 66.- Aladino |
| 22.- Un viaje maravilloso | 67.- Ginevra de Brabante |
| 23.- El niño que se volvió hormiga | 68.- La Sireníta |
| 24.- El enano Zacarías | 69.- Peter Pan |
| 25.- Pinocho en gruta del monstruo | 70.- El patito feo |
| 26.- El legado del moro | 71.- Hombre que vendió su sombra |
| 27.- El gato con botas | 72.- Los tres pelos del diablo |
| 28.- El buda de Granville | 73.- Hansel y Gretel |
| 29.- De los Apeninos a los Andes | 74.- La flor del pantano |
| 30.- Moñique | 75.- El buque fantasma |
| 31.- El rey Cuervo | 76.- La cámara del tesoro |
| 32.- Almendrita | 77.- La desobediencia |
| 33.- Pinocho en el país de juguetes | 78.- El tarro de aceitunas |
| 34.- El niño perdido | 79.- El mensajero de la corona |
| 35.- Robin Hood | 80.- La camisa del hombre feo |
| 36.- La isla encantada | 81.- La verdad sospechosa |
| 37.- Pif Paf | 82.- La graciosa Emelia |
| 38.- La carga liviana | 83.- El muchacho afortunado |
| 39.- La alfombra mágica | 84.- La novia elegida |
| 40.- El pájaro que reía | 85.- Las dos estatuas |
| 41.- La Cenicienta | 86.- La botella encantada |
| 42.- Aventuras del rey Beder | 87.- El mercader de Venecia |
| 43.- El muchacho y la fortuna, Fábula de Samaniego | 88.- La obligación |
| 44.- Pinocho en el fondo del mar | 89.- El favorito ingenioso |
| 45.- Gulliver en el país de enanos | 90.- Los dos russeñores |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y
ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.



LA OBLIGACION

I

La visita del marqués



N Madrid vivía un marqués que era un hombre muy bueno y muy cumplido. Y este marqués tenía un amigo llamado José, que a cumplido y bueno tampoco nadie le ganaba.

Una tarde destemplada de otoño, don José —le llamaremos don José en adelante, pues el don le encaja a las mil maravillas— se

encaminó a la casa de su amigo el marqués y llamó a la puerta. Bueno, la casa no era una casa cualquiera, sino un palacio, y la puerta no era una puerta vulgar, sino una portalada con finos herrajes que ostentaban las armas del noble dueño de la mansión. El caso es que llamó y salió a abrirle el portero, muy bien peinado y afeitado y lleno de galones. Como ya lo conocía, pues no era la primera vez que don José concurría al palacio, lo hizo pasar a un amplio y lujoso vestíbulo, y fué a anunciarlo al marqués, que a la sazón se encontraba arrellanado en un sillón de su biblioteca.

—¿Don José? —exclamó el dueño de casa—. Que pase en seguida.

No había transcurrido un minuto cuando el visitante ya asomaba por la puerta de la habitación ocupada por el aristocrático amigo.

—Señor marqués... —dijo, a modo de saludo.

—¡Adelante, don José, adelante!

—¿Cómo va esa salud?

—Regular. Hoy no me siento bien. No es que esté enfermo, pero tampoco estoy sano. No sé lo que me pasa, sinceramente.

—Usted, señor marqués, no quiere creerme, y su organismo lo está pagando.

—¿Qué quiere decir, don José?

—Que lo que a usted le hace falta es salir todas las mañanitas a dar un paseo, mientras dura el buen tiempo.

—Sí, tiene usted razón, pero el tiempo no es bueno siempre.

—Pero cuando lo es...



Salió a recibirle un portero engalonado.

—No deseo tomarlo como obligación. Salgo la mañana que tengo ganas de salir, y la que no, como ha ocurrido hoy, me quedo en casita, entregado a los libros, que, como usted sabe, me gustan mucho.

—No estoy de acuerdo, y perdone, señor marqués. Usted debiera imponerse la obligación de salir todos los días. Iba a ver qué bien le iría.

—¿Que me imponga la obligación, dice usted?

—Ni más ni menos.

—Pues eso precisamente es lo que me resisto a hacer.

—¿Por qué?

—Porque si me impongo la obligación de pasear todos los días, no voy a pasear ninguno. Así somos los hombres; nos rebelamos ante cualquier imposición.

—Es usted incorregible. Tiene una filosofía tan particular, que no hay quien pueda con usted, señor marqués.

—¿Qué quiere, amigo mío!... Genio y figura hasta la sepultura, como dice el refrán. Pero, hablando de otra cosa, ¿a qué debo la satisfacción de verlo por aquí, usted que tan caro se vende?

—En primer lugar, a enterarme de su salud, y en segundo, a pedirle un favor de buen amigo.

—Ya sabe usted que siempre estoy dispuesto a servirlo con alma y vida.

—Lo sé, señor marqués, y por eso me he atrevido.

—Pues usted dirá, don José... Desembuche, que soy todo oídos.



—¡Adelante, don José, adelante!

El recomendado

Alentado por el tono cordial del dueño de casa, el visitante se decidió a entrar de lleno en el verdadero motivo de su visita. Y dijo:

—¿Se acuerda usted de Pedrito, aquel muchacho del cual le hablé hace tiempo?... ¿No lo recuerda usted, señor marqués?... Haga memoria...

—¿Se refiere usted al hijo de Romero?

—¡Al mismo!

—¡Pues cómo no lo voy a recordar! ¿Y qué le ocurre al jovencito ese?

—Su padre, como ya le conté en otras ocasiones, era uno de mis mejores amigos. Cuando murió, y de esto hace algunos años, le prometí que no abandonaría a su hijo por nada del mundo, con lo que el hombre se fué al otro mundo tranquilo.

—Y así lo hizo usted, don José, según tengo entendido...

—En efecto. Me llevé a casa a Pedrito, que entonces tenía diez años, le di la educación que pude y lo dediqué a una carrera decente. Pero...

—El infaltable “pero” que se suele cruzar en nuestras mejores obras.

—Ni más ni menos. El muchacho, a pesar de que nada tiene de tonto ni le falta buena voluntad en cuanto cosa emprende, adelantaba muy poco en sus estudios.

—¿Y qué hizo usted en semejante trance, mi querido don José?

—Pues lo siguiente: Como también tengo mi fi-



—¿Se acuerda usted de Pedrito?

losofía, aunque muy diferente de la de usted, con perdón sea dicho, no tardé en darme cuenta que Pedrito era uno de aquellos hombres cuyo carácter no se aviene con la uniformidad de ocupaciones que proporciona una carrera determinada.

—Mal provecho se puede sacar de individuos de esa especie.

—Según y conforme. Yo opino que se puede sacar mucho de ellos imponiéndoles trabajos variados y no sujetos a método alguno.

—¿Y entonces?...

—Entonces me dije: No obliguemos a este muchacho a tomar el pulso o hacer réplicas toda su vida, porque de seguro se le morirían los enfermos o perdería los pleitos

—Por lo visto, usted se convenció de que bastaba imponer a Pedrito una obligación, para que no la cumpliera o la cumpliera malamente.

—¡Ni más ni menos!

—¿Y qué hizo usted ante semejante problema viviente?

—Observé su carácter especial, y quise valerme de esta observación para enderezar por buen camino a mi protegido. Un día, viendo que la ocasión era propicia, lo llamé y le dije:

—“He decidido que no vuelvas a la facultad. Ya te buscaré una ocupación que cuadre más a tus inclinaciones.

“El muchacho siguió dócilmente mi consejo, pero como está hecho un mocetón grande como un castillo y hasta ahora no he podido proporcionarle una ocupación en la que se gane decentemente una peseta, me he acordado de usted.

—Pues se ha acordado usted mal.

—¿Por qué?

—Porque le repito lo que le dije cuando en otra ocasión me habló usted en favor de ese muchacho.

—¿Y qué es lo que me dijo usted, que no lo recuerdo?

—Que ese muchacho es del grupo de los hombres que hacen quedar siempre mal al que se interesa por ellos.

—Permítame, señor marqués, que le diga que Pedrito no es de esos.

—¿Le parece?

—No me parece; tengo la seguridad. Está el pobre que se le cae la cara de vergüenza cuando considera que tiene dieciocho años y no gana ni



—Dígale a Pedrito que venga por aquí.

siquiera el agua que bebe. Me lo ha demostrado con palabras y con hechos.

—¿Acaso en su casa?...

—¡Oh! En mi casa nada le falta. Sabe que, aunque no somos ricos, nunca nos ha dolido el pan que le hemos dado. Tampoco ignora que lo queremos, como lo prueba el que hace unos pocos días he desembolsado unos miles de reales suscribiéndolo en la sociedad de padres de familia para que no haga el servicio militar; pero como es un muchacho pundonoroso y agradecido, por lo mismo que nosotros le damos pruebas de cariño y no escatimamos sacrificios en su favor, se avergüenza más de no hacer nada.

El marqués, después de meditar un rato, exclamó:

—Conociendo usted mis ideas respecto al trabajo obligatorio, puede calcular la confianza que me inspirará ese muchacho. Sé, por sus referencias, que ha sido un mal estudiante y, por lo mismo, no puedo creer que cumpla con exactitud las obligaciones que se le impongan. Como para recomendarlo...

—Repito a usted que cumplirá, señor marqués.

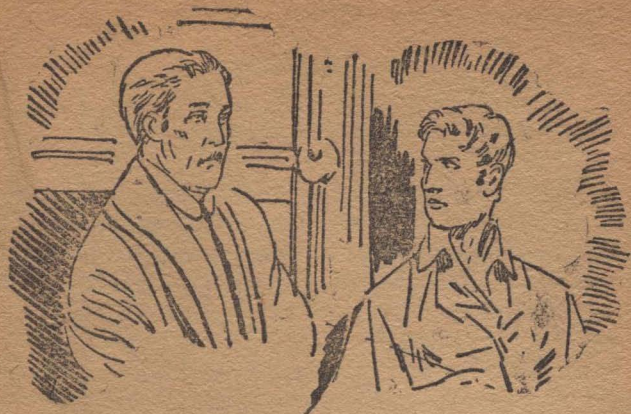
—Repito a usted que no, mi querido don José.

—Permítame usted que me remita a una prueba definitiva. Haga un sacrificio en mi obsequio, señor marqués, y déle a Pedrito una ocupación en su casa o en otra mediante sus buenas relaciones.

—Está bien. Pero ya verá cómo todo es inútil.

—Ya verá usted cómo no lo es.

—Perfectamente. Ya sabe que estoy dispuesto a



—*Alégrate, muchacho, dejarás de ser parásito...*

servirlo. Dígale a Pedrito que mañana se venga por aquí, y veré la manera de encontrarle ocupación.

—Mañana estará aquí, sin falta. Y le doy a usted un millón de gracias. Continúe la lectura que le he interrumpido, que yo voy volando a darle al pobre Pedrito la satisfactoria noticia de su colocación.

—Vaya con Dios, amigo mío.

—Y lo dicho, señor marqués: impóngase la obligación de dar un paseíto todas las mañanas, y verá qué bien le sienta.

—¡No! Cualquier cosa, menos imponerme obligaciones.

III

La gran noticia

Apenas llegó don José a su casa, gritó:

—¡Pedrito!

—¿Qué desea, don José? —exclamó el llamado, apareciendo en el vestíbulo donde el recién llegado acababa de colgar su sombrero y su bufanda.

—Alégrate, muchacho, que al fin dejarás de ser un parásito.

—¿Un parásito?

—Sí. Ya no vivirás a costa de nadie. En adelante ganarás tu propio sustento. El marqués ha consentido al fin en colocarte en su casa.

—¿Qué suerte!... ¿Pero es verdad, don José?... No me engañe, porque me moriría de dolor si después de esta alegría que me vuelve loco, resultara que todo es una broma.

—Nada de bromas, Pedrito. Mañana mismo te vas a la casa del marqués, y en seguida quedarás colocado.

—¿Qué bueno es usted, don José!... ¿Cómo podré pagarle la dicha que me proporciona?

—Podrás pagármela muy fácilmente: con ser hombre de bien y cumplir siempre con tu obligación.

—Cumpliré con ella de rodillas, si es preciso. Usted no se imagina lo pesada que me resultaba la existencia. ¡Tener dieciocho años cumplidos y ser incapaz de ganar una miserable peseta! Cuando voy por la calle, me parece que todos me apuntan con el dedo y dicen: "Allá va un vago, que,



—Me han dicho que deseas ganarte la vida.



El marqués recrimina a Pedrito



o cumplir con su obligación. ,

a pesar de ser tan grande y fuerte, no gana ni para la sal que come". Cuando veo pasar por ahí todos los días pobres trabajadores que van a ganar cinco o seis reales agachando el lomo todo el día, envidio su suerte como ellos pueden envidiar la de un rey. Y si alguien me pregunta qué oficio tengo o de qué trabajo, quisiera que me tragara la tierra.

—No tienes que tomarte así las cosas, Pedrito.

—Es que así son, don José... Un día, olvidando mi triste posición, le hablé de amores a una muchacha a quien veía por primera vez y que me gustaba porque, a más de linda, me parecía buena; pero apenas me preguntó cuál era mi medio de vida, huí sin atreverme a contestar, aturdido, confundido, cayéndoseme la cara de vergüenza.

—Bueno, muchacho; lo pasado, pasado. Tú sabes que en mi casa nunca te ha faltado que comer ni te faltará si, por una de esas desgracias, no estás en condiciones de ganarlo.

—Sí, don José; Pero...

—Comprendo perfectamente que a un muchacho de tu edad debe de serle bochornoso no tener oficio ni beneficio. Por eso reconocerás que si deseo que te coloques es por ti; no por nosotros.

—Lo comprendo, don José. ¿Y qué es lo que tengo que hacer mañana?

—A eso de las diez te vas a la casa del señor marqués, te enteras de tu obligación y la cumples como hombre de bien, que los que lo son, por más que en contrario se diga, nunca se sienten



Llega puntual a su obligación...

más dichosos que cuando pueden exclamar: “Este pan que como y esta ropa que visto son el fruto de mi trabajo. Me basto a mí mismo. No soy un zángano en la colmena del mundo”.

—¡Ah! ¡Qué razón tiene usted, don José, al expresarse así! Nadie lo sabe como yo, pues hasta la bondad y la delicadeza de ustedes contribuyen a confundirme más y más, y a hacerme sentir debilmente mi inutilidad.

—Entonces, ya lo sabes, Pedrito.

—Gracias, un millón de gracias.

—¡Pobre muchacho! —dijo para sí don José—. Se le están saltando las lágrimas.

IV

Ante el marqués

—Señor marqués...

—¡Hola, Pedrito!

—¿Cómo está vucencia?

—Tirando, muchacho, tirando. Pasa y siéntate.

—Mil gracias, señor marqués.

—Me han dicho que deseas ganarte la vida.

—No aspiro a otra cosa. Sería para mí la mayor felicidad.

—Pues yo te la voy a dar. ¿En qué deseas ocuparte?

—En cualquier cosa. El trabajo más pesado o más humilde me proporcionará la más inmensa de las dichas.

—Bien. Me agradan tus buenos deseos. ¿Ves aquellas puertas que están abiertas al otro lado del patio y corresponden a la escalera principal?

—Sí, señor marqués. Las estoy viendo.

—Necesito que vengas a abrirlas todas las mañanas a las ocho en punto, pues las cierra el portero todas las noches.

—Está bien, señor. A las ocho en punto estarán abiertas todas las mañanas. Y después, ¿en qué quiere vucencia que me ocupe?

—En nada más. Esa es tu única obligación. Ahora vamos a ver qué recompensa quieres.

—Semejante trabajo no merece recompensa ninguna.

—La merece, y quiero dártela. Ganarás doce reales diarios.



Va corriendo hacia la portera del palacio.

—Señor marqués, yo no puedo admitir una recompensa tan crecida por un trabajo que no merece el nombre de tal.

—Nada, nada. Ganarás doce reales diarios. A mí me gusta pagar bien a cuantos me sirven.

—Gracias, señor, gracias.

—¡Estás contento, entonces?

—¡Cómo no lo he de estar, señor! ¡De rodillas serviría a vucencia por la dicha que me proporciona!

—¡Andando, entonces! Y ya lo sabes: tu obligación bien establecida es venir todos los días a las ocho en punto a abrir estas puertas. Luego podrás ir donde más te acomode.

—¡Dios bendiga a vucencia!

—Trato hecho. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, señor!

Y, mientras el muchacho se retiraba, murmuraba el marqués:

—Va llorando de alegría. Sin embargo...

V

Los seis primeros días

PRIMERO

Pedrito ha pasado la noche soñando con las puertas de la casa del marqués, y se ha despertado lleno de sobresalto creyendo que ha pasado la hora de abrirlas.

Se levanta al amanecer,



—Toma este reloj, para que seas puntual.

A las seis se presenta en la portería del marqués.

A las siete y media pone la mano en el pica-
porte de las puertas, y abre éstas a la primera
campanada de las ocho.

SEGUNDO

Pedrito ha soñado con las puertas del palacio del marqués, pero al despertarse, no ha creído que había pasado la hora en que debe abrirlas.

Se levanta a las seis.

A las seis y media se presenta en la portería del palacio.

A las siete y media se acerca a las puertas y las abre a las ocho en punto.

TERCERO

Pedrito, que ya no ha soñado con las puertas, se levanta a las siete.

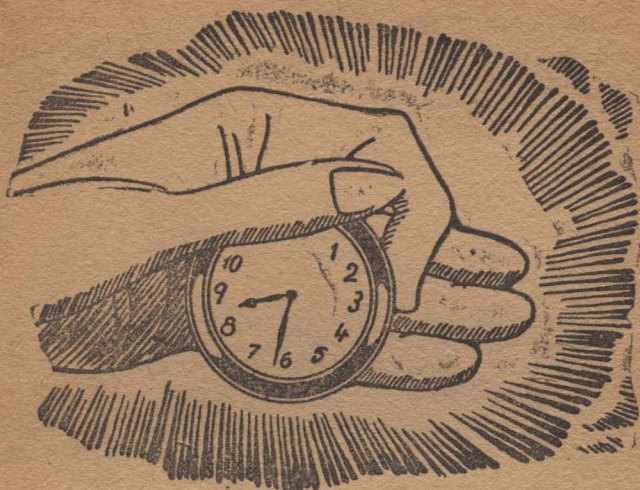
A las siete y media se va a la portería.

Al dar la primera campanada de las ocho, sube al descanso de la escalera, y sólo cuando da la última, cumple con su obligación.

CUARTO

Como Pedrito gana doce reales diarios, puede ir alguna vez que otra al teatro.

Anoche fué, y como con este motivo se acostó tarde, mandó que lo llamaran a las siete, temeroso de faltar a la obligación.



Las ocho y media, y sin abrir las puertas.

La sirvienta lo ha llamado tres veces.

Son ya las siete y media, y Pedrito no se ha levantado todavía.

Vuelve la sirvienta a llamarlo.

Pedrito tiene mucho sueño y no se levanta.

—¡Que van a dar las ocho! —le grita la fámula.

Pedrito se levanta refunfuñando y echa a correr a la portería del palacio del marqués.

Al dar la última campanada de las ocho, sube de tres en tres los escalones, y abre las puertas.

El marqués, que esperaba, reloj en mano, detrás de las cortinas de la ventana de enfrente, se sonríe murmurando:

—Ya me parecía:

QUINTO

Pedrito se dirige a la portería como una exhalación, porque acaban de dar las ocho.

Abre las puertas, y el rostro del marqués sonríe socarronamente detrás de las cortinas de la ventana de enfrente.

SEXTO

Pedrito oye las ocho en su casa, y parte como un cohete atropellando a cuantos encuentra a su paso; pero de repente se detiene y dice con la altivez de un héroe:

—Estoy rebajando mi dignidad de hombre, por tomarme las cosas tan a pecho. Si no llego a las ocho, llegaré a las ocho y media.

Sigue su camino sin prisa, y a las ocho y media abre las puertas.

El rostro del marqués, cada vez más burlón, aparece en la ventana de enfrente. Y le dice al muchacho:

—Pedrito, pasa a mi habitación.

El dormilón obedece temblando como un azogado y proponiéndose no volver a incurrir en falta si tiene la dicha de que el noble señor se contente con echarle una reprimenda.

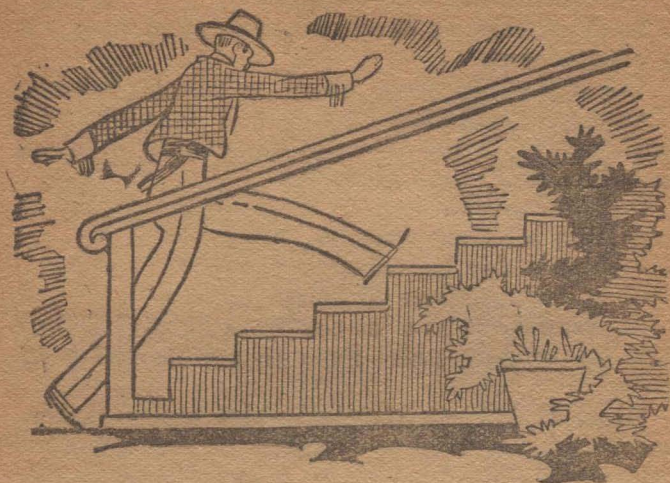
—¿Cuál es tu obligación, Pedrito?

—Abrir las puertas a las ocho en punto, señor.

—¿Y la has cumplido exactamente? ¿Todos los días?

—Algunos me he descuidado un poco.

—¿Y por qué motivo?



Sube de tres en tres los escalones.

—Porque tengo otras ocupaciones, señor marqués.

—No me extraña, pues vivir en Madrid cuesta mucho, y tu sueldo es pequeño. De hoy en adelante, en lugar de doce reales, ganarás veinticuatro, y con eso no tendrás necesidad de atender más quehaceres que los de mi casa. Pero ¡cuidado que vuelvas a descuidar tu obligación! A las ocho en punto deben estar abiertas las puertas.

—Descuide vucencia y perdóneme una falta que a la verdad, es imperdonable, siendo vucencia tan bueno y tan generoso para conmigo.

Y minutos después, mientras salía del palacio, exclamaba:

—¡Veinticuatro reales diarios!... ¡Qué dicha!...
¡Oh! No tendrá su excelencia necesidad de volver a reprenderme.

Como Pedrito gana ahora veinticuatro reales diarios, se viste elegantemente. Y trasnocha. ¡Y hay que ver lo que le cuesta levantarse! Y lo que le cuesta a la pobre sirvienta.

—¡Son las siete!

—¡Son las siete y media!

—¡Van a dar las ocho!

Y él, levantándose al fin:

—¡Maldición! Ni a las ocho y media podré abrir hoy las puertas. ¡Ah! Pero no me volverá a suceder.

Como Pedrito gana veinticuatro reales diarios, estuvo anoche en el teatro, después fué a cenar a un restaurante, y se retiró a las dos de la mañana.

—¡Levántese, que ya son las ocho!

—¿Las ocho? ¿Por qué no me has llamado antes?

—¡Si lo he llamado veinte veces!

—Pues no te he oído. Y hoy serán cerca de las nueve cuando abra las puertas del marqués... No tengo perdón de Dios... Pero también es mucho fastidio eso de que todos los días ha de hacer uno la misma cosa y a la misma hora.

Pedrito abre las puertas a las nueve menos cuarto. El marqués se asoma a la ventana y lo llama a su habitación.

—Eso ya pasa de castaño oscuro —le dice—. Cada día está tu obligación más descuidada. Anteayer abriste las puertas a las ocho y cuarto,



—¡Quedas despedido!...

ayer a las ocho y media y hoy a las nueve menos cuarto. ¿Cómo te descuidas?

—Es que no tengo reloj, señor. Y los de Madrid andan tan desacordes, que cuando uno da las ocho, otro da las ocho y media.

—Tienes razón. Si yo hubiera caído en eso, ni tú hubieras tenido el disgusto de faltar a la obligación, ni yo el de verme mal servido. Este reloj de repetición es muy seguro. Como que me costó seis mil reales, sin contar la cadena, que vale dos mil. Tómalo. Te lo regalo, para que abras las puertas puntualmente.

—¡Gracias, señor marqués, gracias! Sirviendo a

vucencia de rodillas toda la vida, no le pagaría las bondades que le debo.

—Con que cumplas con tu obligación me basta.

VI

El fracaso

Como Pedrito gana veinticuatro reales, y tiene reloj de seis mil, y cadena de dos mil, asiste a las tertulias distinguidas.

Como en una de éstas se juega por vía de pasatiempo, Pedrito perdió anoche en ella el poco dinero que llevaba, y quedó a deber ocho mil reales para cuyo pago tiene que vender hoy el reloj y la cadena que le regaló el marqués.

Y como anoche se retiró tan tarde y con el disgusto de haber perdido en el juego, no ha podido quedarse dormido hasta el amanecer. Y a la hora de levantarse duerme como un lirón a pesar de los gritos de la sirvienta.

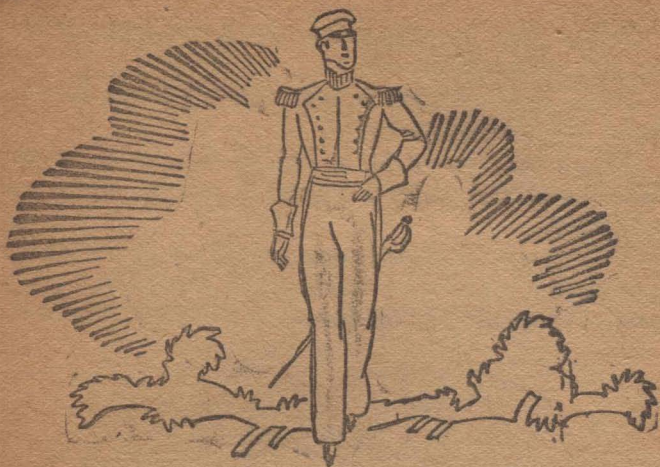
Por fin deja la cama y se dirige a la portería del palacio del marqués; pero no atropella a nadie corriendo, aunque ya están dando las nueve; pues eso, como dice él, sería rebajar su dignidad de hombre.

Cuando abre las puertas, el marqués se asoma a la ventana y lo llama a su aposento. Y le dice:

—Quedas despedido.

—¡Perdóneme, vucencia!

—Nada tengo que perdonarte. Basta imponer una obligación para que se le haga pesada al hombre y no la cumpla, a no ser que esté dotado del



Pocos días después, Pedrito entraba en el cuartel.

concepto de la responsabilidad, el cual no poseen todos, no porque no puedan, sino porque no quieren.

VII

El fin de Pedrito

Pocos días después, don José retiraba la suma que había depositado para que Pedrito se librara del servicio militar. La conducta de éste no lo hacía merecedor del apoyo de su protector.

Pocos días después Pedrito entraba en el cuartel.

Pocos días después empezaba a cansarse de hacer la misma cosa.

Pocos días después lo castigaban porque descuidaba sus obligaciones.

Pocos días después, a fuerza de rigor, se estaba acostumbrando a hacer la misma cosa sin rezongar.

Y hoy, con la experiencia sufrida y la reflexión que dan los años, es un hombre cumplidor y de provecho que le paga a don José cuanto hizo por él.







CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

85